

E. P. Thompson, el papel de las clases populares en las transformaciones histórico-económicas del capitalismo

E. P. Thompson, the role of the popular classes in the historical-economic transformations of capitalism

DRA. FABIOLA JESAVEL FLORES NAVA

Universidad Nacional Autónoma de México, Distrito Federal, México(fabiolaflorn@gmail.com)(<https://orcid.org/0000-0002-9914-7541>)

RESUMEN:

Este artículo pone de relieve la importancia que tienen los diferentes conceptos teórico-históricos creados por E. P. Thompson para entender la relación dialéctica que existen entre la idea de experiencia –vista como proceso de formación histórica o como espacio desde donde se le da sentido al mundo-, el plano concreto sobre el que se asienta la modernidad capitalista, y las transformaciones generadas por la praxis de clases populares en la interacción de estas dos dimensiones de la realidad. Se parte del método dialéctico histórico. Al mismo tiempo, se tiene especial interés en uno de los conceptos más radicales en la obra de dicho autor, es decir, el concepto de Economía Moral de la Multitud, con el cual podemos comprender la complejidad histórica sobre la que se constituyen los movimientos sociales anticapitalistas. Finalmente queremos insistir en el énfasis que el propio Thompson pone en la definición de clase, en donde destaca la necesidad de pensarla, más que como un hecho dado, como un proceso activo y en constante relación histórica.

ABSTRACT

This article highlights the importance of the different theoretical-historical concepts created by EP Thompson to understand the dialectical relationship that exists between the idea of experience - seen as a process of historical formation or as a space from which meaning is given to the world-, the concrete plane on which capitalist modernity is based, and the transformations generated by the praxis of popular classes in the interaction of these two

dimensions of reality. Be part of the historical dialectical method. At the same time, there is a special interest in one of the most radical concepts in the work of said author, that is, the concept of the Moral Economy of the Crowd, with which we can understand the historical complexity on which social movements are constituted anti-capitalists. Finally, we want to insist on the emphasis that Thompson himself places on the definition of class, where he highlights the need to think about it, rather than as a given fact, as an active process and in constant historical relationship.

PALABRAS CLAVE / KEYWORDS

Experiencia, agente histórico, clase, grupos subalternos, Economía Moral de la Multitud, movimientos. / experience, historical agent, class, subaltern groups, Moral Economics of the Crowd, movements.

En un pueblo, la teoría sólo se realiza en la medida en que es la realización de sus necesidades [...] ¿Serán las necesidades teóricas, necesidades directamente prácticas?
Karl Marx

I. INTRODUCCIÓN

En el largo tránsito de su configuración histórica, la modernidad capitalista fue mermando y afectando en diferentes momentos el proceso de reproducción social en su conjunto y, junto a ello, a los diferentes grupos y relaciones sociales que existían antes de que esta modernidad pudiera consolidarse como tal. En este sentido y debido a que el capitalismo se asentó desde sus orígenes sobre realidades que le precedieron históricamente, chocó constantemente con un límite, tanto en términos materiales como sociales. Por ejemplo, la producción industrial en general no se desarrolló plenamente pues se encontró por todos lados con atrasos técnicos, con progresiones a golpes, con la falta de una integración hacia la industria de toda la economía en su conjunto, con estrangulamientos a nivel de medios de producción, de mano de obra, de disposiciones de crédito, de falta de desarrollo de fuentes de energía que le permitieran una producción constante y continua, y con un mercado interior vivaz y eficaz. Y si nos detenemos en los grupos sociales sobre los cuales, poco a poco, se impuso la lógica capitalista, nos hallaremos con sus múltiples comportamientos, con sus propios objetivos y actuaciones ante las complejas polaridades que en su propio contexto desarrolló la modernidad y, en ese sentido, con importantes particularidades en la constitución misma de la modernidad capitalista.

Por ello, resulta relevante poner en el centro del análisis histórico, y en especial para entender la historia económica del desarrollo capitalista, el estudio de nuevos sujetos

sociales¹. Esta primera aproximación busca entender cómo el estudio de las aspiraciones, las exigencias inmediatas, las maneras de vivir, actuar y pensar de los trabajadores, nos permitirá comprender de qué modo asumieron y actuaron las clases populares a los cambios e invasiones que la modernidad trajo consigo. De manera que quede claro el papel que juegan las clases populares como sujetos de la historia. La cuestión que se discute es cómo dar el giro entre lo histórico general, propuesto por la historia económica general al respecto del desarrollo histórico de las diferentes estructuras que constituyen el sistema-mundo capitalista, y lo particular de la participación de los sujetos populares en los cambios y alternativas que surgen al avance de la modernidad capitalista.

Sobre el tema de nuestro interés han trabajado varios autores como Eric Hobsbawm, Edward Palmer Thompson, Jones Gareth Syedman y William Sewell. Todos ellos han hecho contribuciones teóricas importantes, que en positivo nos muestran: las aspiraciones, las exigencias inmediatas, la manera cómo vivían, actuaban y pensaban los trabajadores, así como el modo en que asumieron las clases populares los cambios y las invasiones que la modernidad trajo consigo. En este sentido, el trabajo de estos autores hace claro el papel que juegan los obreros y los artesanos como sujetos de la historia.

Retomaré al historiador británico que ha tratado a fondo el contenido de la cultura popular de los siglos XVIII y XIX, E.P. Thompson en algunos de sus libros más sobresalientes: La formación de la clase obrera en Inglaterra; Tradición, revuelta y conciencia de clase, estudio sobre la crisis de la sociedad preindustrial; Costumbres en común y Miseria de la teoría (Thompson, 1979, 1981, 1989 y 1995).

2. CUESTIONAR LOS MÉTODOS DE LA HISTORIOGRAFÍA

E.P. Thompson es considerado uno de los más importantes y polémicos historiadores marxistas británicos, justamente por haber sido, durante toda su vida, un pensador original y comprometido, no sólo con el conocimiento si no también con la lucha política. Desde su salida del Partido Comunista en 1956 y en constante defensa de un humanismo socialista, Thompson ha cuestionado frontalmente tanto los métodos de los historiadores marxistas, que desde el establecimiento a priori de modelos generales y abstractos se han separado de las dimensiones concretas y empíricas que enriquecen el análisis histórico, así como también a aquellos historiadores poco comprometidos y bastante empiristas que sólo estudian los hechos y no son capaces de ejercer planteamientos teóricos.

1 En las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo pasado, y como parte la emergencia de los movimientos de descolonización y en contra del autoritarismo, la llamada “revolución cultural” propició que en el ámbito de la historia académica se desarrollara la historia social. Esta nueva dimensión del análisis histórico subrayó la necesidad de estudiar a los grandes sectores sociales que habían sido poco atendidos por la historiografía tradicional. Es en este contexto que surgió la denominada escuela marxista británica. Sobre la evolución de la historia social véase Eric Hobsbawm (1984), Raphael Samuel (1991), Natalie Zemon Davis (1991), así como los trabajos ya clásicos de E. P. Thompson (1989), Eric J., Hobsbawm (1974), George Rudé (1981 y 1989), Eric J. Hobsbawm y George Rudé (1978) y Rudé (2000).

Aquí lo importante es preguntarse: ¿qué sentido tenía para él señalar estos equívocos de la historiografía? En 1978, ya con una larga trayectoria de ensayos y publicaciones históricas, Thompson plantea, en su libro *Miseria de la teoría* (1981), la posibilidad de acceder mediante un diálogo entre concepto y evidencia a un mejor entendimiento del universo histórico. El problema central que plantea su enfoque sería entender cómo suscribir este diálogo sin llegar a caer en polaridades. Las ideas al respecto de este tema fueron resultado de un contexto sobre el cual Thompson pone considerable atención. Me refiero al importante auge que en la década de los años 70 del siglo pasado tuvo el marxismo-estructuralista en Inglaterra – aunque no sólo allí–, y cuyo intelectual más prominente fue Louis Althusser². En este sentido, para el autor de *Miseria de la teoría*, resultó fundamental discutir los planteamientos teóricos althusserianos y, en cierto sentido, combatirlos. No sólo por la arrogancia con que dicho autor trataba la formación del conocimiento histórico sino, también, a contracorriente de los historiadores althusserianos que no ponen suma atención a las sutiles fases que sigue la investigación histórica, como son los estatutos y particularidades de la naturaleza de los datos empíricos, la utilización de conceptos apropiados y el objeto del conocimiento propiamente histórico (Anderson, 1985, p. 5).

Hay una imposibilidad en los conceptos que Althusser nos brinda para entender adecuadamente los diálogos a partir de los cuales el conocimiento se construye. Dicha imposibilidad parte de su horizonte metodológico, pues éste, por su total separación de la experiencia histórica y el establecimiento de muchos apriorismos, nos dice Thompson, crea un universo autogenerador de conceptos que imponen su propia realidad sobre los fenómenos de la existencia material y social, en vez de comprometerse a un continuo diálogo con éstos (Thompson, 1981, p. 13). Ante esta imposibilidad, digo, es necesario colocar, en el proceso y la práctica del conocimiento, a la «ciencia de la experiencia histórica de los sujetos concretos» (Herrera, 2007, p. 52), no mistificada o inducida, sino como determinante, en el sentido en que ejerce presión sobre la conciencia social, propone nuevas cuestiones a la misma y pone gran parte del material sobre el que se desarrollan los ejercicios intelectuales más elaborados³.

En cuanto al estatuto de los datos empíricos, nos dice que estos no deben ser asumidos como hechos que revelan automáticamente su significado sino, más bien, que debido a que no se revelan espontáneamente, conviene al historiador interrogarlos de diferentes maneras. Estas interrogantes pueden cuestionar tanto la forma en que se registraron los hechos, hasta el modo de situarlos dentro de una serie de eslabones que nos hablen del universo de lo social. Con la finalidad de proponer que todas las fases de la investigación histórica sean construidas, y no dadas, Thompson plantea que es necesario eliminar del conocimiento procedimientos autoconfirmativos, y colocar en su lugar un método lógico, de examen apropiado de los materiales históricos, que se encuentren en constante diálogo con

2 En Inglaterra «la vanguardia del pensamiento estructuralista-marxista estaba en la obra iconoclasta de Barry Hindess y Paul Hirst, representada por los libros como *Pre-Capitalist Modes of Production*. También fueron importantes el Centre for Contemporary Cultural Studies en la University of Birmingham y la revista, *New Left Review*...Eric Hobsbawm fue muy directo pensaba que “Althusser...prácticamente no tiene nada que decir a los historiadores» (Kaye, 1989, p. 177).

3 «Cómo nos recordó -porque esto formaba parte ya del juego de herramientas del viejo Marx, aunque sus seguidores lo hubiesen olvidada- que para entender lo que hacían los hombres era necesario, ante todo, saber qué pensaban, cómo creían que era el mundo en que habitaban y de qué modo vivían el momento en que se encontraban, para reconstruir, con estos elementos, los móviles que permiten explicar sus actos» (Fontana, 1994, p. 5).

conceptos cuyo carácter sea el de expectativas más que el de modelos.

Un historiador está autorizado en su práctica a hacer una hipótesis provisional de carácter epistemológico: que la evidencia que maneja tiene una existencia «real» (determinante), independiente de su existencia en las formas del pensamiento, que esta evidencia testimonia un proceso histórico real y que este proceso –o una comprensión aproximada de él– es el objeto del conocimiento histórico (Fontana, 1994, p. 29).

En lo que atañe a esta posición, queda claro que lo que Thompson está señalando como necesario para el conocimiento histórico es la dialéctica fundamental entre la teoría histórica y el pasado histórico, esto es, entre la evidencia y el concepto. Y desde nuestro punto de vista, con la finalidad de superar o rebasar dicha escisión característica de la historiografía, Thompson volvió su mirada a la idea de experiencia, punto importante que le permite acceder a la historia concreta de los sujetos y su actividad, y desde ahí sacar los resultados que le permitan comprender el movimiento del mundo en el que éstos desarrollan sus actividades.

De esta manera, nos acercamos a un punto sobre el cual Thompson se apoya para explicarnos lo que es la historia, en contraposición a la perspectiva althusseriana de la historia como un proceso sin sujeto, o sujeto encadenado a una estructura⁴, ya que siendo la historia un proceso lógico en el que se manifiestan regularidades (siempre relativas), continuidades y rupturas, “dispuestas” a ser conocidas, es el sujeto o su acción el que, bajo un determinado contexto, actúa en el tiempo modificando su mundo o manteniéndolo según sus experiencias. En ese sentido, el proceso histórico será la secuela de múltiples opciones y prácticas humanas no determinadas o sujetadas a un devenir ajeno al hombre.

Dentro de la ya añeja discusión sobre la preeminencia de la estructura o del proceso dentro de la historia, Thompson da prioridad a éste último. Para él, la historia es resultado de la acción humana, la cual analiza por medio de la categoría de experiencia, «porque dentro del ser social tienen lugar cambios que dan lugar a la experiencia transformada; y esta experiencia es determinante, en el sentido en que ejerce presiones sobre la conciencia social existente» (Illades, 2001, p. 159).

Vistas así las cosas, la historia deja de ser algo dado de antemano y pasa a ser una realidad abierta a infinidad de posibilidades y disyuntivas debido a que, desde la perspectiva de Thompson, es el sujeto social el que activa los procesos históricos. Es así como erige nuestro pensador su lectura de la historia y nos muestra, en múltiples textos, el modo en que los temas referentes a la historia de la cultura popular y los amplios temas que presenta el mundo del trabajo durante el proceso de industrialización en Inglaterra deben ser tratados con suma cautela, justamente para reivindicar la importancia que las expectativas y los códigos de lucha que estos grupos nos dan para renovar el análisis histórico⁵.

4 «Los althusserianos’, por ejemplo, pretenden expulsar la subjetividad totalmente de la teoría social y niegan el albedrío incluso a la clase como-Ello; pero en cierto sentido, simplemente crean un Sujeto todavía más imperioso, la Estructura misma, cuya voluntad es determinada tan sólo por las contradicciones en su propia arbitrariedad personal.» (Meiksins, 1983, p. 101). «...con Althusser, volvemos a tener una categoría profundamente estática: una categoría, que encuentra su propia definición sólo en una totalidad estructural estática.» (Thompson, 1991, p. 28).

5 En sus escritos más importantes encontramos el libro *The making of the English working class* publicado en 1963 y un número pequeño de artículos publicados en revistas científicas: en 1967 publicó en *Past and present* “Time, work-discipline and industrial capitalism”; en la misma revista en 1971 publicó “The moral economy of the

Otro de los aspectos importantes dentro de esta obra es que subraya la necesidad de estudiar los cambios en los procesos históricos intrínsecamente ligados a las continuidades y, sobre todo, comprender el comportamiento de los grupos populares ante los cambios generados por la época moderna. En palabras de Ellen Wood «su objetivo no es afirmar la subjetiva continuidad de la cultura de la clase obrera contra las transformaciones objetivas radicales del desarrollo capitalista sino, al contrario, revelar y explicar los cambios dentro de las continuidades» (1983, p. 93). Pues parte del equipamiento mental de los sujetos en formación, en este caso de la naciente clase obrera, toma sentido al entrar en relación, en primer lugar a través de su experiencia vital, con los procesos de cambio que influyen en dicha experiencia; y, en segundo lugar sin separarse de lo anterior, interpretan el mundo de su experiencia por medio de costumbres y tradiciones populares sobre las cuales se asentó el cambio, y que dialécticamente implicaron un cambio de conciencia en las clases populares. En el libro *La formación de la clase obrera...* (1995) vemos al capitalismo inscribirse sobre tradiciones, costumbres y nociones de derechos populares que le precedieron históricamente, las cuales representan las herencias culturales y políticas de la naciente clase obrera.

La primera parte de la obra inicia con un planteamiento que va a contracorriente de las más comunes interpretaciones históricas sobre la Revolución Industrial, me refiero a los supuestos económicos que indagan en el nivel de vida, en los cambios tecnológicos, en los progresos sociales, en los ciclos comerciales, etcétera, y que sólo después de esto se interesan por las transformaciones políticas y culturales de los grupos subalternos. Thompson «comienza con las tradiciones populares -religiosas, «sub-políticas» y políticas- y organizaciones para mostrarnos, antes de ser introducidos en la «economía política», que la formación de la clase trabajadora es un hecho tanto de la historia política y cultural como económica» (Kaye, 1989, p. 164).

De ahí que la primera parte de su libro, *El árbol de la Libertad* (Thompson, 1995), preste atención a los rasgos más característicos de la cultura popular del siglo XVIII, y a los elementos que fueron heredados y transformados por las experiencias de la clase trabajadora en el tránsito al siglo XIX. La formación de la clase obrera no es algo dado por el avance de la modernidad industrial capitalista, es más que nada, un proceso de formación intelectual arraigado en las tradiciones, ideas y valores que el pueblo otorgaba a las comunidades milenarias, a sus derechos -definidos por una economía y un consenso moral de lo que era justo-, mezclado todo ello con las vivencias consuetudinaria de las libertades de los ingleses nacidos libres. Ideas que sirvieron de base a las agitaciones populares de finales del siglo XVIII⁶. En este sentido, se afirma que:

Los efectos de estos años no se manifestaron inmediatamente. Pero en los años siguientes a la experiencia jacobina de la década de 1790, cuando los mecánicos,

English crowd in the 18th century; "Rough music: le chavarrí anglais", en *Annales* 1972; "Patrician society, plebeian culture", que apareció en 1974 en *Journal of Social History*; y en 1978 en *Social History* publicó "Eighteenth-century English society: Class struggle without class?" (la mayoría de estos textos están traducidos al español y recopilados en dos libros: *Costumbres en común y Tradición, revuelta y conciencia de clases*).

6 La primera parte del libro «trata de las tradiciones populares y de las ideas que moldeaban la mentalidad popular de la época. Ideas que sufrían un proceso de transformación y mentalidades en donde arraigó la disidencia religiosa. Viejos códigos y nuevos significados coexistiendo en un mismo sitio. Tradiciones, Hábitos y sociabilidades añejas apuntalando formas de organización modernas. Ideas renovadoras que dan voz a derechos antiguos y legitimidad a prácticas reprimidas o canceladas, pero no olvidadas». (Illades, 2001, p. 165).

artesanos y trabajadores radicales fueron políticamente separados de los radicales de la clase media, hicieron uso de sus experiencias para promover y mantener tradiciones y formas de organización propias [...] Fue en esos días cuando la conciencia específica de la clase trabajadora comenzó a madurar imbuida de un fuerte impulso democrático (Kaye, 1989, p. 1667).

Podemos observar, en la segunda parte de su libro *La maldición de Adán* (Thompson, 1995), que cada proyecto, cada sentido u horizonte de vida forjado en la tradición, ocuparon un sitio importante en la configuración de la clase obrera mucho antes que la industrialización los pudiera crear como tal. Esto es, Thompson se pronuncia en contra de las tesis que sugieren a la “industrialización” como el agente por excelencia del cambio social. Pues, como él señala: «Se veía a los instrumentos físicos de producción dando lugar, de forma directa y más o menos compulsiva, a nuevas relaciones sociales, institucionales y a formas culturales» (Thompson, 1989, v. I, p. 199). Así, a contra corriente de estas tesis que niegan el papel activo del sujeto en las transformaciones sociales, Thompson reitera el papel de las tradiciones políticas y culturales –de los jornaleros del campo, trabajadores domésticos o a domicilio, artesanos, obreros fabriles, etcétera– en la formación de las comunidades obreras. Y reitera que, a pesar de que estos diferentes grupos tienen experiencias diversas, en formas de trabajo nuevas y tradicionales, compartieron una vivencia común dentro del capitalismo que fue la intensificación de la explotación y la disciplina laboral en sus propias áreas de trabajo aún hoy no modificadas por las nuevas tecnologías, o lo que Marx denominaba subsunción real, así como las formas intolerables de opresión política. Según Kaye, Thompson «destaca en la primera fase de la revolución industrial, los cambios en, e intensificación de, el proceso de acumulación de capital como una experiencia social y humana» (1989, p. 167). El punto es no olvidar cómo es que vivieron estos grupos sociales bajo una experiencia común: las relaciones de explotación, y cómo, tomando en cuenta, las herencias “intelectuales”, culturales y políticas del proceso de formación de los nuevos sujetos sociales fue que surgió la expresión política y antisistémica de la conciencia de clase obrera⁸. En ese sentido, la conciencia de la clase obrera queda marcada por varias dimensiones, no sólo por la experiencia generada por los procesos de explotación, sino también, por una fuerte formación política derivada de un legado, podríamos decir intelectual, de aquellos miembros que fueron conformado la comunidad obrera. Por ello, al finalizar su libro, en la tercera parte titulada “La presencia de la clase obrera” (1995), Thompson concluye con la explicación de las bases, antes descritas, sobre las cuales se dio la formación de la conciencia de clase obrera en la Inglaterra del siglo XIX.

7 Además, «...en el periodo de 1790-1840 se dio una ligera mejoría en las condiciones materiales de vida de la clase trabajadora (pero) fue experimentada como una <<catástrofe>>, la cual enfrentaron creando nuevas formaciones de clase, <<instituciones fuertemente basadas y autoconcientes: sindicatos, sociedades cooperativas, movimientos educativos y religiosos, organizaciones políticas, publicaciones>>, junto con <<tradiciones intelectuales de la clase trabajadora, patrones comunitarios de la clase y una estructura de sentimientos (de la misma clase)>>. Estas instituciones y formas de conciencia son testimonio tangible de la existencia de una nueva formación obrera, no obstante, la aparente diversidad de experiencias; y su expresión en la inquietud popular constituye un testimonio contra el punto de vista <<optimista>> acerca de la revolución industrial» (Meiksins, 1983, p. 94).

8 «La segunda trata del impacto de la revolución industrial sobre el conjunto de los trabajadores [...] Transita de lo subjetivo a lo objetivo. Cambia de esfera: de la cultura a la economía y a la vida social. Muda de escenario: de la taberna y la iglesia, al taller y la fábrica. Modifica la cronología: se desliza del siglo xviii al xix. Las estructuras y la dominación aparecen por la fuerza» (Illades, 2001, p 165).

3. ECONOMÍA MORAL DE LA MULTITUD

Para comprender más a cabalidad la radicalidad del pensamiento de Thompson, resulta necesario revisar el significado que adquiere para su desarrollo intelectual el concepto de economía moral de la multitud. En el análisis histórico que hace nuestro autor, el estudio de la forma en que se conduce el pueblo en el siglo XVIII, durante lo que se dio en llamar “motines de subsistencia”, resulta fundamental para entender las herencias políticas y culturales de los movimientos de las clases populares durante todo el siglo XIX en Inglaterra. Este tema surge de la pluma de Thompson en 1971 en un artículo publicado en la revista *Past and Present* titulado “The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century”, nosotros recuperaremos la versión en español publicada en 1995 en el libro *Costumbres en común* (Thompson, 1995).

En este contexto, nuestro autor nos plantea que la economía no está definida por los grandes acontecimientos que dan paso a la modernidad capitalista, sino que en las bases sociales de éste siempre está presente un funcionamiento económico en el que se combinan varias dimensiones de la realidad social de las clases populares. La economía de las clases populares no será una de antiguo régimen enfrentada a una economía moderna, será, por el contrario, una economía que reinterpreta la realidad de la vida moderna desde una serie de parámetros morales constituidos sobre herencias y actitudes tradicionales que son transformadas en armas de lucha, es decir reactualizadas para enfrentar las dinámicas reproductivas del sistema capitalista. En ese sentido, la tradición no manifiesta un comportamiento conservador ni de antiguo régimen, sino que se transforma para fungir como arma de lucha. Por ello, en los motines de subsistencia del siglo XVIII, el pueblo con su delicado tejido de comportamientos ha formado su conciencia social frente al mundo circundante y, de esa manera, actúa claramente como agente histórico. Anthony Giddens afirma al respecto: E. P. Thompson da «una enorme importancia a la capacidad de los agentes humanos para moldear una y otra vez las condiciones de su existencia. Si hay un solo teorema marxista que domina los estudios históricos de Thompson es aquel que dice que los seres humanos «hacen su propia historia» (Giddens, 1994, p. 154). El pueblo en tanto agente histórico es reconocido como un conjunto de sujetos capaces de realizar acciones conscientes, con objetivos y demandas precisas. Desde esta mirada, se critica el reduccionismo económico que cree encontrar en los motines de subsistencia simples respuestas espasmódicas de la plebe a oscilaciones en los precios o malas cosechas de los cereales básicos. Thompson dirá que una explicación así sería tan obvia para la historia que dejaría de lado la complejidad de motivaciones, conductas y funciones de un amplio y complejo entramado de normas sociales.

Antes que ser títeres de procesos oscuros que activaban el funcionamiento del mercado, los sectores subalternos eran sujetos que conocían y vivían de un modo tradicional las normas y obligaciones sociales, sabían qué prácticas comerciales eran legítimas y cuáles no; esto es, estaban al tanto de las relaciones de dominio. En su concepción económica del mercado, la relación entre productores y consumidores tenía que ser transparente. Según éste, la comercialización debía ser directa del agricultor al consumidor, un ocultamiento y pérdida de transparencia en los procedimientos comerciales provocaba fuertes resentimientos a toda una comunidad, pues se intuía que esto era una amenaza a su modo de subsistir. Debido a esto, se organizaban y protestaban con un objetivo claro: fijar el precio de sus productos. Enfrentados a esta protesta social, los gobernantes tenían que intervenir para modificar los

precios. En este sentido, lo que se analiza es «un modelo de protesta social que se deriva de un consenso con respecto a la economía moral del bienestar público en tiempos de escasez» (Giddens, 1994, p. 279), basada en una fuerte aprobación comunitaria.

Desde aquí, es posible definir lo económico desde otra perspectiva directamente relacionada con los procesos de reproducción de las clases populares. Es decir, cuando la modernidad capitalista hace estallar los equilibrios locales entre el sistema de necesidades de consumo y el de las capacidades de producción, las clases populares impulsaron mecanismos que permitieron la regulación o autoregulación de la riqueza social disponible. En ese sentido y en la medida de sus posibilidades transformadoras, tomaron el poder político de organizar de otro modo el mundo y la satisfacción de las necesidades de las comunidades que se estaban viendo afectadas por las transformaciones políticas y sociales del desarrollo del capitalismo⁹.

En las comunidades campesinas y las primitivas comunidades industriales, muchas relaciones «económicas» se regulaban de conformidad con normas no monetarias. Estas comunidades existen como tejido de costumbres y usos hasta que se ven amenazadas por la racionalización monetaria y en este proceso se vuelven conscientes de sí mismas como «economía moral» [...] Las racionalizaciones o «modernizaciones» del mercado capitalista atentaban contra las normas de la comunidad y continuamente creaban un antagonista «moral» (Thompson, 1995, p. 383).

¿Qué pasaba con los diferentes sectores sociales que estaban viviendo el cambio? ¿Cómo operaba el mercado bajo determinado contexto socioeconómico y qué lógica seguía la presión popular? El mercado no operaba como pensaba la economía política de aquella época –o como quería que maniobrara, esto es, con la eficacia racional de un mercado libre, que bajo el supuesto de la libre movilidad de la oferta y la demanda determinaba un precio justo para todos–, más bien estaba suscrito a un determinado contexto socioeconómico donde los prejuicios y las respuestas morales de la multitud aún tenían vigencia. Para esta época de estudio del artículo de Thompson, la “acción central” de los grupos populares iba más allá del encuentro cara a cara entre el populacho y los molineros. Esto es, no estaba dirigida contra el saqueo de granos o harina sino que se centraba en el acto de «fijar el precio¹⁰». con una fuerte conciencia en la tradición y de beneficio hacía el consumidor (Thompson, 1995, p. 255).

Pero esta moral, que constituye parte del concepto de nuestro autor, no es una moral ceñida al régimen dominante ni tampoco es meramente tradicionalista¹¹ es, más bien, un

9 Economía- son las fuerzas y normas o mecanismos de regulación y auto regulación de los recursos disponibles. Idea de CA. Nosotros retomamos las ideas de Valor de Uso de Bolívar.

10 «...el motín era una calamidad social, que debía evitarse a cualquier coste. Podía consistir éste en lograr un término medio entre un precio «económico» muy alto en el mercado y un precio <<moral>> tradicional determinado por la multitud. Este término se podía alcanzar por medio de la intervención de los paternalistas, por la automoderación de agricultores y comerciantes, o conquistando una parte de la multitud por medio de la caridad y los subsidios». (Thompson, 1995, p. 279).

11 «El modelo paternalista tenía una existencia ideal, pero también una existencia real fragmentaria. En años de buenas cosechas y precios moderados, las autoridades lo dejaban caer en el olvido. Pero si los precios subían y los

comportamiento en el que se juegan los cambios y las continuidades dentro de los procesos históricos. Ellen Meiksins Wood afirma que en Thompson encontramos «un profundo sentido del proceso, expresado en una capacidad insuperable para trazar la intrincada interacción entre continuidad y cambio» (1994, p. 118). Es decir, la formación de una ética popular está vinculada a una historia particular creada por cada comunidad, en donde se establece lo que es justo y lo que no en la búsqueda por transformar las dinámicas opresivas de la modernidad capitalista. Esta construcción de una moral histórica es base fundamental de la actividad política de las comunidades que actuarán, en su devenir histórico, contra determinadas prácticas económicas dominantes, por lo que, además de reactualizar las formas de lucha que les anteceden históricamente, logran crear nuevas formas de organización política que actúan en contrasentido a las dinámicas opresivas de la economía capitalista. Con referencia a esto, nos dice Thompson que en la mentalidad de las clases populares habría una especie de ética heredada de la tradición, pero modificada en su devenir. Ésta les permitía a los sujetos medir lo bueno y lo malo de determinadas prácticas económicas modernas y, sobre esa medida, con una «economía moral del bienestar público¹²», consensuada, la multitud ejercía su papel de agente histórico, modificando o manteniendo de uno u otro modo aquel referente de vida que la modernidad capitalista estaba afectando (Aguirre, 2016).

La multitud, en ese sentido, no será una masa humana que reacciona espontáneamente ante las vicisitudes de la vida económica moderna. En primera instancia, estará vinculada a una serie de experiencias relacionadas a su situación socioeconómica, como grupos que, dentro de la jerarquización de la vida social, se encuentran ocupando el lugar más bajo. Son los grupos explotados, sometidos, dominados y excluidos de la sociedad. Y, en segunda instancia, son grupos que comparten “los valores de la ética contestaria” creada a lo largo de las luchas sociales que les precedieron y que han formado parte de una historia de acción colectiva que, jugando bajo la dialéctica del cambio y la continuidad, reactualizan una y otra vez su lucha frente al devenir oscuro de la realidad capitalista. La multitud tiene la capacidad de redefinir y organizar políticamente la sociedad en la que vive y se desarrolla, dependiendo de un horizonte cultural, político e histórico sobre el que se formen las clases subalternas.

Lo antes escrito nos guía hacia una pregunta: ¿qué importancia tiene el desarrollo de este tema en el estudio de la historia económica de la Revolución Industrial? Desde nuestro punto de vista, mucha. En primer lugar, como ya lo hemos reiterado en diversas ocasiones a lo largo del texto, porque estos planteamientos nos conducen a ver el papel activo que los sujetos de las clases subalternas adquieren en los procesos históricos. En segundo lugar, al ser agentes y no pacientes de la historia, los grupos populares transmiten sus ideas y comportamientos de resistencia más allá de sus propias circunstancias o contextos, pues sus ideas, sus luchas, sus concepciones del mundo viajan de generación en generación, de grupo en grupo, de pueblo en pueblo y se erigen como trasfondo para posteriores movimientos que intenten transformar o continuar determinados procesos sociales. De tal manera que, por poner un

pobres se mostraban levantiscos se lo reavivaba, al menos para crear un efecto simbólico». (Thompson, 1995, p. 229).

12 El estudio de las movilizaciones populares ha sido abordado para las sociedades europeas en los trabajos ya clásicos de E. P. Thompson (1989), Eric J., Hobsbawm (1974), George Rudé (1981 y 1989), Eric J. Hobsbawm y George Rudé (1978).

Véase también los trabajos de George Rudé (2000). Sobre otras perspectivas que incluyen el término “repertorio de la acción colectiva” y la protesta como forma de hacer política ver los trabajos de Charles Tilly (1986 y 1996), Louise Tilly y Charles Tilly (1981). Y sobre las formas de resistencia, el trabajo de James Scott (2000). Una buena visión panorámica acerca de los trabajos sobre la protesta social se encuentra en Víctor Lucena Ayala (2001).

ejemplo, si las oscilaciones en el precio de los alimentos básicos eran fundamentales para que entrara en acción una economía moral de las clases populares, para la clase obrera fue fundamental, como parte de su acción de lucha, definir con base en lo que creían moral, o no, (legítimo, o no) las oscilaciones salariales. O, como diría Thompson: «el consumidor defendió sus viejas nociones de derecho con la misma tenacidad que defendió su situación profesional como artesano», en ese sentido «la economía moral de la multitud tardó tiempo en morir: es recogida en los primeros molinos harineros cooperativos, por algunos de los socialistas seguidores de Owen, y subsistió durante años en algún fondo de las entrañas de la Sociedad Cooperativa Mayorista» (Aguirre, 2016, pp. 291, 293). Por lo que podemos decir que, con demasiada frecuencia, la presencia de las imágenes, ideas, luchas, símbolos, etcétera, de las clases subalternas continúa y da pie a nuevas creaciones que, a lo largo del tiempo, y a pesar de las grandes transformaciones socioeconómicas, ejercen su influencia histórica del mismo modo en que un escritor crea y retoma de otro sus mejores ideas para revolucionar la lengua escrita.

4. CLASE, ¿LUCHA DE CLASES?

Lo anterior nos permite pasar a otro punto surgido en 1978 en un texto de Thompson titulado *La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿Lucha de clases sin clases?*, pues con él nos introducimos en un debate que para los propósitos de este trabajo resulta relevante. Me refiero al esclarecimiento, con base en un minucioso análisis histórico, que hace nuestro autor al respecto de la supuesta idea de que un determinado modo de producción distribuye objetivamente a la gente en clases y que, en el naciente capitalismo, éstas se representaron en la dicotomía ontológica de: burgueses y proletarios. Como consecuencia de esta reflexión, Thompson hizo énfasis en la definición de clase, más que como un hecho dado, como un proceso activo y una relación histórica (Meiksins, 1983, p. 87-105).

De este modo, nos explica nuestro autor, el término clase, en épocas en las que se empieza a consolidar la industrialización de Inglaterra, no era un concepto factible dentro del funcionamiento cognitivo de la gente. Empero, aclara que, en sus luchas, en lugar de clase social definida, existía una consideración social en términos de grupos o jerarquías, oficios u órdenes:

[...] la especificidad histórica, anacrónica, debe ser tenida en cuenta cuando adoptamos el término [...] en el análisis de sociedades anteriores a la revolución industrial. De hecho, la correspondencia de la categoría con la evidencia histórica resulta entonces mucho menos directa. Si la clase no es aceptada en el sistema de conocimiento de la misma gente y si ésta se denomina a sí misma y lleva adelante sus propias batallas históricas en términos de «estados», de «ordenes», etc., entonces, al describir estos conflictos en términos de clase, debemos cuidarnos de toda tendencia a interpretar según concepciones posteriores de clase. (Thompson, 1991, p. 28).

Más que una división de la sociedad de forma vertical, las divisiones se daban de manera

horizontal (Thompson, 1979, p. 37). O, en otros términos, «su propósito aquí no ha sido el de negar la existencia de la clase ni la ausencia de la conciencia de clase sino, por el contrario, responder a tales negativas mostrando cómo los determinantes de clase moldean los procesos sociales, cómo la gente actúa 'en forma de clase', incluso antes de las formaciones maduras de clase con sus instituciones y valores conscientemente definidos» (Meiksins, 1983, p. 91).

Para Thompson, la discusión acerca de las clases y su conciencia no puede ir separada de la noción de lucha de clases, en el sentido de que los seres humanos se hallan condicionados por un contexto histórico, en el cual se experimentan determinados tipos de explotación –o ciertas condiciones de explotación de un grupo dominante– y sobre los cuales se identifican puntos de interés antagónicos que generan luchas por estas cuestiones. Sólo bajo ese proceso de confrontación se descubren como clase.

La clase, en un sentido heurístico, es impensable sin la noción de "lucha de clases". En mi opinión, se ha prestado excesiva atención –en gran medida sin criterio histórico– a la "clase", y demasiada poca a la "lucha de clases". Está claro que la lucha de clases es un concepto previo y, a la vez, universal. En pocas palabras: las clases no existen como entidades aisladas que buscan y encuentran una clase enemiga y, entonces, comienzan su lucha. Por el contrario, las personas se encuentran en una sociedad estructurada de distintas maneras –principalmente, pero no exclusivamente, según las relaciones de producción–, experimentan la explotación –o la necesidad de mantener el poder sobre los que son explotados–, identifican asuntos de interés antagónicos, comienzan a luchar sobre estos puntos y, en el proceso de la lucha, se descubren como clase. La clase y la conciencia de clase son siempre el último, no el primero, estadio en el proceso histórico (Kaye, 1989, p. 183).

Ahora bien, para el caso especial que Thompson estudia, el conflicto entre la gentry y la plebe en la Inglaterra del siglo XVIII –o la lucha de clases sin clase–, el autor presenta un proyecto muy bien estructurado del tipo de relaciones y nexos sociales que se establecieron entre los diferentes grupos de la época. En palabras de Meiksins: «[...] la fórmula «lucha de clases sin clases», que Thompson propone tentativamente para describir la sociedad inglesa en el siglo XVIII, pretende precisamente transmitir los efectos de las relaciones sociales estructuradas como clase sobre los agentes faltos de conciencia de clase y como precondition para las formaciones de clase consientes» (1983, p. 92).

Para él, las relaciones sociales no pueden entenderse fuera del conflicto social, pero tampoco deben entenderse como meras relaciones antagónicas, sino como polaridades dialécticas, de antagonismo y reconciliación, entre las culturas refinadas y las plebeyas de la época. De modo que se puedan entender las experiencias formativas del ser social y la manera en que son moldeadas por formas culturales. Bajo estas ideas y para describir las relaciones sociales del siglo dieciocho, propone la metáfora de un campo de fuerza social: por un lado, los abusos, el autoritarismo, la explotación, la dominación social, las prácticas de gobierno; y, por el otro, la resistencia, las costumbres, los hábitos, la cultura subalterna. Kaye afirma «la multitud en un extremo, la aristocracia y la gentry en el otro y, hasta bien entrado el siglo, grupos de profesionales y comerciantes sometidos porque sus vidas dependían magnéticamente de los gobernantes, o en ocasiones ocultando sus rostros en actividad conjunta con la multitud» (1989, p. 184).

Partiendo del análisis histórico-social que hace Thompson, se hace énfasis también en la

idea siguiente: si existiese un poder total o la plena concentración de autoridad en un polo social, el análisis histórico resultaría ensombrecedor para entender, sobre todo, la naturaleza del poder y del Estado, la ideología y la cultura, y sería, inclusive, demasiado pobre para distinguir entre los diferentes modos de explotación, entre la mano de obra servil y libre (Thompson, 1995).

Entonces cabe preguntarse: ¿cuáles eran los puntos de acceso al poder?, ¿desde dónde se vislumbraban las condiciones de dominio?, ¿qué actores históricos limitaban o afirmaban un poder?, ¿qué cambios estaban debilitando los antiguos medios de disciplina social? Las respuestas a estas preguntas abarcan consideraciones muy diversas que tienen que ver con el concepto de hegemonía de Gramsci. En él se hace referencia a:

[...] un orden de lucha que es constantemente discutido y negociado, pero que no llega a ser conflicto revolucionario, tampoco supone el uso continuo de la fuerza física para mantener el orden social [...] En la Inglaterra del siglo xviii había una vigorosa cultura plebeya enormemente distanciada de la cultura patricia y de su concepción de orden social [...] El mantenimiento del orden hegemónico, no fue un proceso sencillo, en especial siguiendo a las revueltas y cambios del siglo diecisiete (Kaye, 1989, p. 180).

En las que nuestro autor encuentra, en primer lugar, señas de al menos cuatro atenuantes que limitaron el poder oligárquico de la Inglaterra del siglo XVIII. Uno es el acceso de la gentry independiente a un cierto nivel de poder; el otro atenuante fue la pequeña clase media que aprendía a ampliar y conservar sus libertades; por otro lado, estaban las instituciones de la ley que intentaban conservar su legitimidad fallando en ocasiones a favor del humilde y en contra del poderoso (aunque cabe acotar muchos puntos aquí); por último, está la omnipresente resistencia de la multitud.

En segundo lugar, la Inglaterra del siglo XVIII, se encontraba ante grandes cambios en los términos de la relación social, «la subordinación se transforma en negociación (si bien entre partes sumamente desiguales)»; se vive un cambio cualitativo en las formas de trabajo, «una proporción considerable de la población activa pasó, de hecho, a estar más libre de disciplina en su trabajo cotidiano, a tener más libertades de elegir entre patronos, y entre trabajo y ocio, a estar menos situada en una posición de dependencia en toda su forma de vida, de lo que había sido antes o de lo que volvería a ser en las primeras décadas de la fábrica y del reloj» (Kaye, 1989, p. 52).

En tercer lugar, nos plantea que el control de la clase dominante se hallaba localizado de manera esencial en una hegemonía cultural, más que en una expresión del poder económico y militar. Y para el momento que estudia nuestro autor la gentry era el sector social que ejerció esa hegemonía; ésta se ejerció de forma indirecta y muchas veces oscura, aunque paradójica: por un lado, no se les creía responsables de las condiciones en que vivían la gente. «La gentry tenía tres principales recursos de control: un sistema de influencia y promociones que difícilmente podían incluir a los desfavorecidos pobres; la majestad y el terror de la justicia, y el simbolismo de su hegemonía» (Thompson, 1979, p. 52); y una vez instalada no necesita estarse reafirmando diariamente.

Lo que hacía esta hegemonía era definir los límites externos de lo posible, tanto en

términos políticos como en términos de lo que se acostumbraba socialmente. Más allá de esto no podía aventurarse la negociación entre la plebe y la gentry. Finalmente, nos dice: la hegemonía nunca es totalizadora, coexiste con una cultura del pueblo vigorosa y autoimpulsiva, justo porque las vidas de la plebe no se encuentran envueltas a tal punto que se les impidiera defender sus propios modos de trabajo y descanso, formar sus propios ritos, sus propias satisfacciones y visiones de vida. Pues a través de las reglas de la costumbre se entablaba la confrontación con grupos sociales que intentaran trastocar lo aceptado por la comunidad, «los valores, en no menor medida que las necesidades materiales, serían siempre un ámbito de contradicciones, de lucha entre valores y concepciones de vida alternativos» (Thompson, 1981, p. 269).

Una vez que hemos arribado a este último punto, podemos decir que los conflictos son previos a la aparición de la clase (obrera). Esta afirmación se sostiene con más fuerza si hablamos de su conciencia, pues ésta deviene de una historia previa que se desarrolla en el terreno de una cultura popular cargada de tradiciones y valores. La conciencia de clase no aparece espontáneamente ni de forma vertical, es parte de un proceso en el que se delimitan acciones y protestas que tienen que ver más con una economía moral y con una apelación a la costumbre. Al respecto, Meiksins afirma:

Por consiguiente, la lucha de clase precede a la clase, tanto en el sentido de que las formaciones de clase presuponen una experiencia del conflicto y la lucha que nacen de las relaciones de producción, cuanto en el sentido de que hay conflictos y luchas estructurados «en forma de clase» incluso en formaciones sociales que todavía no tienen formación de clase con conciencia de clase (1983, p. 91).

Por otro lado, cabe aclarar que no se está planteando una ecuación modernidad versus tradición. Estamos tratando de explicar que, ante los cambios introducidos por la modernidad capitalista, por la industrialización, por la movilidad social, por las normas del mercado, por la racionalidad económica, etcétera, los grupos sociales subalternos se comportan o actúan con los contenidos cualitativos propios de su vida cotidiana y de sus tradiciones o valores, para hacer “vivable”, bajo sus propios medios, los cambios y las reconfiguraciones modernas. En este sentido, los aportes de E.P. Thompson al estudio de los grupos subalternos, que hemos resumido brevemente hasta aquí, son de suma utilidad para entender, por ejemplo, el grado y el modo en que los artesanos libres responden ante la racionalidad de la vida moderna. Tomemos brevemente un caso que trata nuestro autor: ¿qué pasa con la regulación de los salarios de los artesanos si éstos no están determinados por la oferta y la demanda del mercado de trabajo capitalista? Lo que sucede es que se hace valer una regulación determinada por la tradición –por elementos que van más allá de la racionalidad económica naciente– y que abarcan desde la posición conferida al artesano rural por la costumbre hasta la intrincada regulación institucional-gremial de los centros urbanos. Así, si nos vamos de oficio en oficio, la historia cambia mucho.

Desde este mirador, me interesa hablar un poco más de los elementos que Thompson describe en su obra más importante y debatida a nivel mundial. Obra que significó el punto de partida de muchos debates intelectuales en los cuales Thompson participó a lo largo de su carrera como historiador, y que hemos intentado definir a grandes rasgos hasta aquí.

Derivado del análisis histórico del libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra* publicado en 1963, encontramos el punto de partida de un variado grupo de elementos conceptuales que caracterizaran la obra histórica de Thompson. Entre ellos encontramos el papel de los grupos subalternos como agentes históricos y, en ese sentido, su carácter activo dentro de los procesos económicos políticos y culturales. La lectura de Thompson también ha demostrado que la conciencia y la clase no están determinadas ni funcionan a partir de estructuras estáticas –sean éstas económicas, ideológicas, sociales, etcétera–, justo porque su forma de ver la historia está directamente relacionada con la idea de sujeto que actúa y se comporta frente a una situación o experiencia inmediata de la realidad. De ese modo, ve a la clase como un fenómeno histórico que supone actuación y conciencia. El propio Thompson nos dice:

La experiencia de la clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen, o en las que entran involuntariamente. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está. Podemos ver cierta lógica en las respuestas de grupos laborales similares que tienen experiencias similares, pero no podemos formular ninguna ley. La conciencia de clase surge del mismo modo en distintos momentos y lugares, pero nunca surge exactamente de la misma forma E.P. (Thompson, 1989, v. I, p. XIV).

REFERENCIAS

- Aguirre Rojas, C. A. (2016). *La Economía Moral de la Multitud pensada desde América Latina* en E. P. Thompson, *La economía moral de la multitud y otros ensayos*. Ediciones desde abajo.
- Anderson, P. (1985). *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*. Siglo XXI.
- Eley, G. (1994). E. P. Thompson, *Historia Social y Cultura Política: La formación de la clase obrera, 1780-1850*, en *Historia Social* N° 18.
- Fontana, J. (1994). E. P. Thompson, hoy y mañana, en *Historia Social*, N° 18.
- Giddens, A. (1994). *Fuera del Mecanismo: E. P. Thompson sobre conciencia e historia* en *Historia social*, N° 18.
- Herrera de la Fuente, C. (2007). *Técnica en Marx y Heidegger. Dos versiones críticas de la modernidad*, Tesis de maestría en Filosofía. UNAM/FFyL.
- Hobsbawm E. y Rudé, G. (1978). *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*. Siglo XXI.
- _____. (1974). *Rebeldes primitivos: estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Ariel.
- _____. (1984). *De la historia social a la historia de la sociedad en Problemas de la historiografía contemporánea*, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Illades, C. (2001), *Estudio sobre el artesanado urbano del siglo XXI*. Fondo de Cultura Económica.
- Kaye, H. (1989). *Los historiadores marxistas británicos, un análisis introductorio*. Universidad de Zaragoza.
- Lucena Ayala, V. (2001). *Entre el motín y el delito la protesta no institucionalizada en la*

- provincia de Zaragoza. 1890-1905 en *Historia Contemporánea*, II (23).
- Meiksins Wood, E. (1983). El concepto de clase en E. P. Thompson en *Cuadernos políticos*, N° 36.
- _____. (1994). Entre las fisuras teóricas: E. P. Thompson y el debate sobre la base y la superestructura, en *Historia Social* N° 18.
- Rudé, G. (1981). *Revolución popular y conciencia de clase*. Crítica Grijalbo.
- _____. (1989). *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra (1730-1848)*. Siglo XXI.
- _____. (2000). *El rostro de la multitud*. Biblioteca de Historia Social.
- Samuel, R. (1991), *Qué es la historia social*, en *Historia social*, N° 10.
- Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. Era.
- Thompson, E. P. (1979). *Tradición revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Editorial Crítica.
- _____. (1981). *Miseria de la teoría*. Editorial Crítica.
- _____. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Editorial Crítica.
- _____. (1991). "Algunas observaciones sobre clase y «falsa conciencia»", en *Historia Social*, N° 10.
- _____. (1995). *Costumbres en Común*. Editorial Crítica/Historia del mundo moderno.
- Tilly, C. (1986). *The Contentious French*. Harvard University Press.
- _____. (1996). *Conclusion: Contention and the Urban Poor in Eighteenth-and Nineteenth-Century Latin America* en Arrom, S. y Ortoll, S. (eds.) *Riots in the Cities. Popular Politics in the Urban Poor in Latin America, 1765-1910*. Scholarly Resources Books.
- Tilly, L. y Tilly C. (1981). *Class Conflict and Collective Action*, Sage. *New Approaches to Social Science History*.
- Zemon Davis, N. (1991). *Las formas de la historia social* en *Historia Social*, N° 10.